

# UN CRONISTA CULTO

Por RENÁN DE ZOJES



ENIA que morir, clamorosamente. ¡Esta-  
ba escrito! Su vida literaria, exquisita y  
dulce, había hecho de él, un cronista culto  
y sentimental.

Para las románticas dalagas de ojos morenos,  
era algo así como un Brujo. Yo ignoro el por  
qué ciertos ojos soñadores e inquietadores nos  
toman siempre a los Poetas como unos pobres dia-  
blos. ¡Nada hay tan pueril como las diabluras de  
Lucifer!

—¡Que viene el Brujo!—decían las mamás a  
sus hijas, trás las discretas celosías, cuando veían  
pasar al Poeta en su paso triunfal por la Vida.

Y el Poeta pasaba despreocupado, viviendo su  
vida, atormentada como la nuestra, de tanto sentir  
y de tanto soñar.

Yo le conocí hace años en Bacolod Negros Occi-  
dental, llevado del placer de mi vida andariega,  
del placer de viajar. Y en cierta casa de un re-  
presentante de máquinas Singer, un caballero  
yanqui, cuyo nombre ya no recordamos, nos hizo  
disfrutar con su charla amena y culta, una noche  
inolvidable.

Teniendo siempre rasgos de buen humor, como  
todo hombre genial le había dicho al representa-  
nte de la casa Singer, que se le hacía cuesta arriba  
creer que se vendían sus aparatos en Tibet, con-  
forme los anuncios publicados, puesto que los tibe-  
tanos, usan ropas inconsútiles. A lo que el ca-  
ballero yanqui, como buen yanqui, respondió:

—Pues créeme, mi querido amigo, que se venden  
allí, puesto que los tibetanos las usan para tejer  
sus capas.

—¡Para tejer! ¡Qué me dice Vd. mi caro  
amigo!,—respondió Joffar.

—Ya las tenemos para el tejido, señor Joffar,  
—replicó impertérrito el yanqui. Solamente que  
esas máquinas llegan. allá mucho antes que a  
Filipinas.

Pero, la carcajada que Joffar echó aquella no-  
che inolvidable, aun resuena en mis oídos, después  
de cerca de cuatro años:

—Vosotros los yanquis,—dijo Joffar—sois ca-  
paces de resucitar a un muerto con vuestras in-  
vectivas.

Y así transcurrió la velada inolvidable, entre  
sorbos y sorbos de Casalla. Entonces Joffar te-  
nía la *chifladura* por el Casalla. Ignoro que ha-  
brá estado bebiendo en estos últimos años. No le  
he vuelto a ver desde entonces. Pero aquella vela-  
da, amena y culta porque se habló hasta de sus  
músicos y poetas favoritos, bastó para delinear  
con líneas firmes su perfil de artista y de amigo  
en mi libro de recuerdos. Aquella noche dormi-  
mos en su casa, siempre bebiendo Casalla.

Después continué leyendo sus crónicas y sus  
poesías publicadas en la prensa, todo miel. Yo  
le admiraba más por eso, porque para nadie  
sentía rencor ni resentimiento. ¡Todo era amor!  
Si cabe hacer comparaciones en nuestras vidas  
literarias, diría que era un Verlaine, el Verlaine  
de la época pagana. Sus crónicas siempre esta-  
ban rebosantes de amor a la mujer o de amor a  
los niños; eran mas bien *infantiles* y casi siem-  
pre panegíricas. La sátira y la crítica, no halla-  
ron albergue en su alma de artista, anecdótico y  
sentimental.

¡Hoy descansa en la tierra común, en donde to-  
dos hemos de dormir el sueño ininterrumpido de  
los siglos! Unas manos criminales arrancaron  
aquella vida de amor al Arte y la Belleza. Quizá  
merezca, en mi opinión, una glorificación el asesino,  
porque Joffar tenía que morir así, debía acaba-  
r su vida, clamorosamente, para su eterna re-  
cordación.

Debía de acabar su vida de Amor a la Vida  
de esa suerte, porque la Vida, la mala hembra,  
siempre nos paga con una traición en alguna en-  
crucijada, porque al morir trágicamente, le co-  
nocieron en la hora escarlata de su vida, los que  
no le conocieron en la vida.

¡Descubrámonos ante un hombre genial!  
Manila Febrero de 1929.